

LA MASACRE DE LA ESCUELA SANTA MARÍA

Iván Ljubetic Vargas, Historiador

EL MOVIMIENTO REIVINDICATIVO DE 1907

1.- EL PLIEGO DE PETICIONES

Como hemos visto, las condiciones de vida y de trabajo eran terribles para los trabajadores del salitre.

Los pampinos de Tarapacá confeccionaron un pliego de peticiones, que fue publicado por el periódico “La Voz del Obrero”, de Taltal, con fecha 21 de noviembre de 1907. ¿Qué pedían?

1. La elevación de sus salarios de acuerdo al alza del costo de la vida, salarios que un de tres años habían perdido la mitad o más de su capacidad de compra.
2. Que las fichas con que se les cancelaban el jornal, fuera cambiada a la par, sin recortarle el valor, como lo hacía corrientemente los patronos.
3. Exigían poner fin a los abusos de los que eran víctimas en las pulperías. Para ello solicitaban la libertad de comercio, o sea que pudieran ingresar a la oficina vendedores particulares. Por otro lado, pedían que se colocara en la afuera de la pulpería una balanza y una vara, para comprobar que no les robaban, como era habitual, en los pesos y medidas.
4. Solicitaban que las chancadoras (donde se trituraba el caliche) y los cachuchos (donde se hervía éste a altas temperaturas) fueran rodeados con rejas de hierro para evitar – como acontecía con frecuencia- que un obrero resbalara y cayese dentro de ellos encontrando una horrible muerte.
5. Solicitaban que los patronos debían entregar en forma gratuita un local para que funcionara una escuela nocturna.

Estas eran las principales peticiones de los obreros salitreros de Tarapacá. Hubo conversaciones entre los obreros y los administradores de las oficinas salitreras. Primero fueron tramitados, luego se les comunicó que los dueños de ellas se negaban a aceptar ninguno de los puntos planteados por los pampinos.

2.- COMIENZA LA HUELGA

El martes 10 de diciembre de 1907, después de esperar pacientemente una respuesta, se inició la huelga en la oficina salitrera San Lorenzo. En los dos días siguiente el movimiento se extendió por toda la pampa de Tarapacá.

El poeta proletario Francisco Pezoa, en su “Canto a la Pampa”, relata:

“Año tras año por los salares
del desolado Tamarugal
lentos cruzando van por millares
los tristes parias del capital.
Sudor amargo su sien brotando
llantos en sus ojos, sangre en sus pies
los infelices van acopiando
montones de oro para el burgués.
Hasta que un día como un lamento
de los más hondo del corazón
por las callejas del campamento
vibró un acento de rebelión.
Eran los ayes de muchos pechos,
de muchas iras era el clamor,
la clarinada de los derechos
del pobre pueblo trabajador.”

Tres días después de comenzado el conflicto, el viernes 13, iniciaron estos la marcha hacia el Puerto de Iquique, donde esperaban solucionar el conflicto en conversaciones con patrones y las autoridades del gobierno de Pedro Montt.

El Francisco Pezoa, canta así esa proeza:

“Vamos al puerto dijeron vamos
en un resuelto y noble ademán
para pedirles a nuestros amos
otro pedazo no más de pan.
En la misérrima caravana
al par que al hombre marchar se ven
la esposa amante, la madre anciana
y al inocente niño también”.

De las 84 Oficinas salitreras existentes en Tarapacá, en las que laboraban 43.440 obreros, pararon 76 Oficinas, con un total de 37.141 pampinos.

3.- EL GOBIERNO DE PARTE DE LOS EMPRESARIOS

Era este un típico conflicto económico entre los obreros y sus patrones, pero el gobierno de Pedro Montt no se mantuvo neutral. Desde los inicios del movimiento se puso al lado de los patrones.

El viernes 13, llegaba a Iquique el crucero ‘Blanco Encalada’, enviado por las autoridades para quedar de estación en el puerto.

El ministro del Interior, Rafael Segundo Sotomayor, antiguo vecino de Iquique y conocido abogado defensor de los intereses salitreros de Matías Granja, envió continuos telegramas al Intendente subrogante de Tarapacá., abogado Julio Guzmán García.

El primero lo envió el sábado 14 de diciembre, cuando los pampinos no llegaban aún a Iquique. En este telegrama ordenaba: “Si huelga originare desórdenes proceda sin pérdida de tiempo contra los promotores o instigadores de la huelga; en todos los casos, debe prestar amparo a personas y propiedades”.

Ese mismo día, la Alcaldía de Iquique decretó la suspensión hasta nueva orden de los espectáculos públicos y la clausura de las cantinas.

El domingo 15 llegó temprano a la ciudad una numerosa cantidad de pampinos. Procedían del Cantón de Alto San Antonio. Fueron alojados el Hipódromo.

El Directorio de la Unión Pampina, que llamó a formar el Comité de Huelga con delegados de los gremios de Iquique, estaba formado por:

Presidente, José Brig.;;
Vicepresidente, Luis Olea;
Secretario, Nicanor Rodríguez Plaza;
Prosecretario, Ladislao Córdova y
Tesorero, José Santos Morales.

Ese domingo 15, se realizó en Zapiga un importante mitin. Asistieron representantes de las oficinas de los cantones del norte. Se acordó pedir al Presidente Pedro Montt “que en vista de la situación calamitosa creada para el trabajador con motivo de la depreciación del cambio, S.E. despliegue todas las energías propias del primer magistrado de Chile... en resguardo y beneficio del pueblo oprimido”.

Iquique tenía una población de 40.171 habitantes y se vio con una sobrepoblación de 15.000 personas. Las sociedades obreras, los Veteranos del 79, la Gran Unión Marítima y algunos propietarios de hoteles, ofrecieron alojamientos gratuitos. La carpa de un circo también sirvió como albergue.

Hubo gran apoyo solidario de los gremios de Iquique con los pampinos. Trece de esos gremios participaban en el Comité Directivo de la huelga. En la ciudad se produjeron conflictos de los trabajadores marítimos, fábrica de calzados Fardella y de los panificadores, todos exigiendo mejoras asalariales. En Antofagasta paró, en solidaridad con el movimiento de Tarapacá, la Oficina Ausonia y se anunciaron otras más.

El lunes 16., Sotomayor envió otros dos telegramas.. En uno decía: “Para adoptar medidas preventivas, proceda como en estado de sitio. Fuerza pública debe hacer respetar orden cueste lo que cueste. Esmeralda va en camino y se alista más tropa”.

En el otro recomendaba: “Suspenda censores en los cables. Mantención censores obligaría a cables comunicar censura oficina internacional Berna, lo que debe evitarse para no producir alarma en el extranjero”.

Ese mismo lunes 16 de diciembre, como adhesión al movimiento de los trabajadores salitreros pararon sus actividades varios sectores obreros de la ciudad, la cual quedó paralizada. Patrullas militares circulaban por las calles.

El martes 17 llegó desde Arica el crucero ‘Blanco Encalada’, con una fuerza del regimiento ‘Rancagua’.

Los pampinos actuaban en absoluto orden. Las autoridades los destinaron a la Escuela Santa María y a la plaza Manuel Montt, que queda al frente. Allí quedaron.

El miércoles 18 de diciembre, cuando el conflicto cumplía su octavo día, “El Tarapacá”, periódico de los patrones, destacó “la actitud de absoluto orden adoptado por los huelguistas”. Añadiendo que “sus manifestaciones se han reducido a meetings, desfiles y discursos dentro del terreno de la moderación. Agregaba que “en las numerosas oficinas que permanecen paralizadas, el orden se mantiene inalterable.”

Ese día ancló en la bahía el crucero ‘Esmeralda’, que traía tropas del Regimiento de Artillería de Costa, de Valparaíso.

Mientras tanto, seguían llegando a la ciudad nuevas columnas obreras. La presencia pampina iba en aumento.

Ese miércoles, ministro del Interior autorizaba al Intendente para aumentar la policía, y en caso necesario, armar al cuerpo de bomberos para ayudar a la seguridad de la ciudad.

4.- TAMBIÉN MANOS EXTRANJERAS

Las oficinas salitreras más importantes de Tarapacá eran propiedad de capitalistas ingleses y el gobierno británico tampoco se mantuvo neutral.

La intervención del imperialismo inglés en la masacre de la Escuela Santa María (como en otras masacres perpetradas en la pampa) es un aspecto que no ha sido suficientemente destacado. En el caso de la historia oficial chilena, totalmente ocultado.

Apenas iniciado el conflicto en Tarapacá, tanto en Iquique, Santiago y Londres, los empresarios salitreros británicos presionaron para que el Gobierno de Pedro Montt aplicara mano dura para aplastar el justo movimiento reivindicativo de los pampinos.

El Cónsul inglés en Iquique convocó al Cuerpo Consular de ese puerto para que éste pidiera al Intendente que informara acerca de “si contaba con las tropas necesarias, que tan urgentemente se necesitaban para garantizar las vidas y la propiedad de los extranjeros”.

En Santiago, los empresarios exigieron al Encargado de Negocios de Gran Bretaña, Edward Rennie, que solicitara al Ministro del Interior del Presidente Pedro Montt, el envío de refuerzos militares a la región de Iquique. Después de entrevistarse con el Ministro, el diplomático inglés informó a los empresarios salitreros sobre lo que el gobierno chileno había realizado y lo que haría para reforzar a las fuerzas armadas frente al movimiento huelguístico en desarrollo.

En Londres, personeros de la Casa Gibbs, uno de los principales consorcios involucrados en la industria del salitre y del yodo, presionaron al Ministerio de Relaciones Exteriores del Imperio para que enviara buques de guerra al norte de Chile. En una carta enviada al ministro de esa cartera, señalaron que “queremos recordarle que existe una numerosa colonia británica en Iquique y que se ha invertido un capital británico de millones en esa ciudad y en los distritos salitreros de los cuales Iquique es el puerto principal”.

Fue así como el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Almirantazgo británico decidieron el envío de la nave de guerra Sapho, a toda máquina con destino Iquique. Llegó atrasado. Recién el 7 de enero de 1908 ancló en ese puerto.

El Cónsul británico en Iquique, relató que el general Roberto Silva Renard, autor material de la masacre de la Escuela Santa María, le había dicho que lamentaba “que no hubiese siempre una nave de guerra inglesa en aguas chilenas, para recordar a sus compatriotas quienes eran sus verdaderos amigos”.

Como hemos ya señalado, el imperialismo británico se apoderó de los mejores yacimientos salitreros durante el desarrollo del Guerra del Salitre, llamada por “la historia oficial” Guerra del Pacífico. Este conflicto se desarrolló entre 1879 y 1883.

LA MASACRE DE LA ESCUELA SANTA MARÍA

1.- LA MATANZA FUE PREMEDITADA

Eran las dos de la tarde del jueves 19 de diciembre de 2007, cuando un cuarto barco de guerra, el crucero ‘Zenteno’, ancló en la rada del puerto de Iquique. En él venían el Intendente titular de la Provincia de Tarapacá, Carlos Eastman, y el general Roberto Silva Renard. También el regimiento O’Higgins, con la misión de reforzar la guarnición local.

Los huelguistas, que estaban en el noveno día del conflicto, llenaban los muelles. Aguardaban la llegada del Intendente que venía de Santiago, plenos de una ingenua esperanza.

Elías Lafertte, uno de los obreros del salitre que había marchado desde su oficina salitrera y que fue testigo ocular de esos acontecimientos, escribió:

“El Intendente era un viejo delgado, enjuto, vestido de negro. Apenas desembarcó fue cogido en andas por los entusiasmados pampinos y llevada de esa forma hasta la Intendencia. A los requerimientos de las masas, se asomó a uno de los balcones y pronunció una frase, una sola, que por ser de esperanza, llenó de júbilo el corazón de los trabajadores.

Dijo: ‘No pensaba volver, pero me habéis hecho desistir de ello. Traigo la palabra oficial del Gobierno para arreglar el conflicto’

No pronunció ni una sílaba más. Pero los ilusionados pampinos hicieron estremecer la Intendencia con gritos de ¡Viva! y ¡Bravo!’.

Hasta aquí el relato de Elías Lafertte Gaviño, a quien llamara Volodia Teitelboim “Hijo del Salitre”.

A las 14,30 del viernes 20 de diciembre, llegaron hasta la Escuela Santa María los Cónsules en Iquique de Argentina, Bolivia y Perú. Se reunieron con sus connacionales. Les instaron a abandonar el movimiento y dejar la escuela, advirtiéndoles que si no lo hacían, los Cónsules no podrían responder por ellos. Les dijeron que la cosa era grave, pues los militares tenían órdenes de disparar y que las balas no discriminarían entre chilenos y extranjeros.

La respuesta fue inmediata. Los obreros argentinos, peruanos y bolivianos se negaron a desertar. Los trabajadores bolivianos respondieron a su Cónsul: “Con los chilenos vinimos, con los chilenos morimos”.

¡Qué hermoso y valiente gesto de esos pampinos!

Pero hay algo más. Ese episodio de la visita de los Cónsules es una nueva prueba que la matanza de Iquique fue un crimen con premeditación y alevosía.

Ese día viernes 20 de diciembre llegó una noticia alarmante. En la oficina salitre Buenaventura una patrulla militar había disparado sobre una columna obrera para impedir que se dirigiera a Iquique. Ocho obreros cayeron asesinados; varios otros, heridos.

El sábado 21 de diciembre, los trabajadores en huelga fueron sorprendidos por la noticia que el Intendente había declarado el Estado de Sitio en la noche anterior. Las calles del puerto se llenaron de soldados y marineros. Se prohibió la circulación de todo grupo de más de dos personas.

A las 13,30 de ese día el Intendente Eastman puso su firma al decreto que decía: “En bien del orden y salubridad pública, concéntrese a la gente venida de la pampa en el Club Sport (Hipódromo), en el camino a Cavancho”.

Todo estaba listo para la masacre fría y preparada.

2. - SE CONSUMA LA MASACRE

Eran las 15, 30 horas del sábado 21 de diciembre de 1907. Bajo un sol abrasador la multitud en apretujaba en la Escuela Santa María de Iquique y en sus alrededores. Frente a ellos, amenazantes, las negras bocas de fusiles y ametralladoras.

El general Roberto Silva Renard era el encargado de mantener “el orden y la salubridad”. Avanzó en un caballo blanco –quizás sintiéndose Napoleón- y ordenó al corneta que lo acompañaba, que lanzara unos sonos de clarín. El escalofrío corrió por muchas espaldas.

Se hizo un silencio de muerte, que presagiaba algo terrible. Pero antes que el general lanzara su orden de abandonar la escuela, se escuchó la voz llorosa de un pequeño niño:

- Mamá, quiero hacer pichí...

La madre, Águeda Muñoz, una curtida mujer proletaria, que había marchado con sus tres hijos desde la oficina salitrera Alianza, intentó inútilmente callarlo.

- Aguanta un poco, chiquillo de moledera...
- Es que no puedo más, por favor, mamita...

Doña Águeda tomó a sus niños y, abriéndose paso dificultosamente entre la compacta muchedumbre, se dirigió a los baños de la escuela. Estaban allí cuando escucharon los gritos de cientos de gargantas diciendo: “¡No, no saldremos de aquí hasta que se resuelva el conflicto!”. Después los disparos que atronaron el aire. Silencio. Luego nuevos gritos. Pero ahora eran de dolor y de ira.

Se había consumado la matanza. Quizás por estar en los baños escaparon de la muerte. Uno de los tres hijos de doña Águeda era Ángela Henríquez Muñoz, que por entonces tenía tres años de edad. Ella sería, tiempo después, la madre de esa imprescindible llamada Sola Sierra Henríquez.

El general Silva Renard, el autor material de la matanza, escribió su informe oficial dirigido al Intendente de Tarapacá, con fecha domingo 22 de diciembre de 1907. Allí señaló:

“En la plaza rebosaba una turba de huelguistas que no cabían en el interior de la escuela. Adentro había cinco mil individuos afuera dos mil. Como Su Señoría comprende los oradores no hacían otra cosa que repetir aquellas frases comunes de guerra contra el capital y el orden social existente. Comisioné al coronel Ledesma para que cercase (textual) al Comité que presidía el movimiento les comunicase la orden de Vuestra Señoría de evacuar la escuela y la plaza y que se dirigieran al Club Hípico con la gente.

A los cinco minutos volvió el coronel diciéndome que el Comité se negaba a cumplir esa orden. Hice avanzar dos ametralladoras del crucero Esmeralda y las coloqué frente a la escuela con puntería fija a la azotea donde estaba reunido el Comité directivo de los huelguistas.

Ordené a las 5,45 pasado meridiano una descarga por un piquete del Regimiento O’Higgins

hacia la azotea ya mencionada y por un piquete de marinería situado en la calle Latorre hacia la puerta de salida de la escuela, en donde estaban los huelguistas más rebeldes.

A esta descarga se respondió con tiros de revólver y aún de rifles que hirieron a tres soldados y dos marineros, matando dos caballos de los granaderos. Entonces ordené dos descargas más y fuego a las ametralladoras. Hechas las descargas y ante el fuego de las ametralladoras, que no duraría sino treinta segundos, la muchedumbre se rindió.

Concluye el general diciendo: “Ésta es la relación exacta de los luctuosos sucesos ocurridos ayer, en los cuales han perdido la vida y salido heridos cerca de ciento cuarenta ciudadanos”.

Este fue el mentiroso parte de guerra, de un general que se manchó las manos y con la sangre de obreros, mujeres y niños.

3.- LA VERDAD SOBRE LA MASACRE

Elías Lafertte, testigo ocular de ese sangriento episodio, escribió:

“El general Silva Renard fríamente dio la orden de fuego. El ruido de los disparos fue ensordecedor. Los fusiles disparaban contra la azotea, mientras las ametralladoras tres veces lanzaron sus cargas de muerte contra el grueso de los pampinos, tres ráfagas, bastantes para llenar la escuela de cadáveres”.

Más adelante, el entonces obrero del salitre, agregó:

“Por las calles empezaron a pasar carretones de la basura que venían de la Escuela Santa María cargados de muertos y heridos. Toda la noche desfilaron las carretas para poder trasladar y hacer desaparecer los dos mil muertos, víctimas de Silva Renard”.

El Cónsul de Estados Unidos en Iquique informó a su gobierno que “la escena después fue indescriptible. En la puerta de la escuela los cadáveres estaban amontonados y la plaza cubierta de cuerpos”.

Muchos heridos fallecieron en el Hospital de Beneficiencia.

Venegas Arroyo dio la cifra de 2.000 muertos, corroborada por Armando Jobet, padre del historiador Julio César Jober, que a la fecha era suboficial del regimiento ‘Carampangue’, afirma que “en el primer turno de entrega de cadáveres a él encomendado, contó novecientos”. (Ver Hugo Barraza Jofré: obra citada)

El doctor Nicolás Palacios, relata: “Los soldados hicieron fuego sobre el Directorio Central de la huelga. De pie, serenos, recibieron la descarga. Como heridos del rayo cayeron todos y sobre ellos se desplomó una gran bandera”.

El poeta proletario Francisco Pezoa cantó así:

“Benditas víctimas que bajaron
desde la pampa llenas de fe
y a su llegada lo que escucharon
voz de metralla tan solo fue.
Baldón eterno para las fieras
masacradoras sin compasión
queden manchadas con sangre obrera
como un estigma de maldición”

El escritor Tancredo Pinochet relató:

“Un profesor primario me mostró el patio de los caídos. Esta tierra es nueva, me dijo, la pusimos nosotros con los alumnos. La otra, empapada con sangre, quemó todas las plantas y las flores. Hubo que sacar casi medio metro de tierra y cambiarla para lo que plantáramos allí volviese a florecer”.

¿Quiénes fueron los autores intelectuales de la masacre? Pedro Montt, Presidente de la República; Rafael Sotomayor, Ministro del Interior; Carlos Eastman, Intendente de la provincia de Tarapacá.

¿Quién fue el autor material? El general Roberto Silva Renard.

No les bastó con la matanza. Los sobrevivientes fueron sacados de la Escuela y trasladados por cientos de soldados, como un piño de animales, hacia el Hipódromo.

En la escuela encontraron el “arsenal” de las víctimas: veinte cuchillos de trabajo y cuatro revólveres.

¿Cuáles fueron los objetivos de la masacre? Por una parte aplastar un pacífico conflicto reivindicativo de los obreros del salitre. Por otra, y talvez sea el motivo principal, destruir un potente movimiento sindical, que amenazaba los intereses de la burguesía. En el año 1900 habían nacido las Mancomunales de Obreros, que hacia 1907 existían en numerosas ciudades del país, desde el norte salitrero hasta el lluvioso sur de Chile.

Y ambos objetivos fueron cumplidos. Con la masacre fue ahogada en sangre una huelga de los trabajadores de la pampa y, al mismo tiempo, el terror desatado, significó que en el mes de diciembre de 1907 desaparecieron las Mancomunales y se abrió un período de reflujo en el movimiento sindical chileno.

Después del cruento acontecimiento, muchos obreros bajaron desde la pampa al puerto de Iquique con sus familiares para dirigirse al sur. Comenzó también la emigración de trabajadores peruanos, bolivianos y argentinos.

4.- DOS INTERPRETACIONES DE LA MATANZA

La masacre de la Escuela Santa María existió. Fue un hecho objetivo. Pero las interpretaciones sobre ella, son subjetivas. Depende de la clase social que representa, consciente o inconscientemente, quien la interprete.

Habían transcurrido algo más de dos años de perpetrada la matanza de Iquique, cuando el escritor Francisco Valdés Vergara -representante de la ideología burguesa, de los intereses de los patrones- dictó una conferencia en el Centro Conservador de Santiago el 1° de Mayo de 1910.

Refiriéndose a los sucesos del 21 de diciembre de 1907 afirmó:

”No puedo recordar sin tristeza aquella tragedia de Iquique que ahogó en un charco de sangre el levantamiento sedicioso de algunos miles de obreros. Esta muchedumbre se levantó amenazante contra el orden, contra los bienes y las personas, se negó a todo advenimiento inspirado por la justicia y hubo de ser sometida, para evitar mayores males, con el empleo severo de las armas”.

Luis Emilio Recabarren en su obra “La huelga de Iquique en diciembre de 1907. La teoría de la Igualdad”, respondió a Francisco Valdés Vergara al escribir:

”Nosotros conocemos íntimamente la historia de ese movimiento y hemos reconocido que jamás hubo en Chile una acción más hermosamente ordenada y tranquila, donde la justicia de esa acción se destacaba. ¿Qué pedían los obreros en huelga? ¿Pedían acaso una monstruosidad? ¿Iban en pos de alguna cosa injusta? ¿Acaso pedían una exageración?

¡No, mis queridos hermanos! Los obreros del salitre reclamaban estrictamente una cosa justa hasta la evidencia. Los obreros hicieron ver a sus patrones que el salario de 1907, en billetes chilenos, había bajado casi a la mitad en el breve espacio de tres años, y aún mucho más de la mitad tomando en cuenta la elevación del precio de la vida”.

Fue ese justo movimiento reivindicativo de los obreros del salitre, que el escritor Valdés Vergara llama “levantamiento sedicioso”, que señala como una amenaza “contra el orden, contra los bienes y las personas”.

La terrible matanza para aplastar esa tranquila acción reivindicativa de los trabajadores, incluso alabada por la prensa patronal, es justificada por el escritor conservador, cuando sostiene que “hubo de ser sometida, para evitar mayores males, con el empleo severo de las armas”.

¿Por qué el Gobierno de Pedro Montt empleó la violencia extrema para resolver una pacífica huelga obrera?

Luis Emilio Recabarren en un artículo publicado en Buenos Aires y reproducido por “La Voz Obrera”, de Taltal, el 13 de enero de 1908, escribió respondiendo esa pregunta:

“Uno de los factores que ha impulsado a la burguesía a proceder tan cruelmente en la destrucción de este movimiento obrero que pedía justicia, es el gran temor de ver extenderse una agitación obrera, en estos instantes en que carece de fuerzas suficientes a causa del fracaso de las leyes militares. Emplear la crueldad extrema, infundir el terror en el menor tiempo posible, desbaratar toda organización que pueda resistir, he ahí el plan de los burgueses chilenos”.

5.- ANTE LA IMPUNIDAD, JUSTICIA POR MANO PROPIA

La impunidad fue total para los autores intelectuales (el Presidente Pedro Montt; el Ministro del Interior, Rafael Sotomayor; el Intendente de Tarapacá, Carlos Eastman) y el autor material (Roberto Silva Renard) de la masacre de 1907.

En el prontuario de este último encontramos:

Nació en Santiago en 1855. Sirvió 39 años en el Ejército. A poco de iniciarse la contrarrevolución de 1891 para derrocar al Presidente José Manuel Balmaceda, siendo miembro del Estado Mayor de la guarnición militar de Santiago, Silva Renard se embarcó secretamente hacia el norte en marzo de ese año, y se pasó al ejército contrarrevolucionario que, en esa zona, organizaba el prusiano Körner. Traicionó así al gobierno constitucional. Su participación en el bando reaccionario durante la guerra civil, le valió el ascenso a coronel.

En 1903 actuó como fiscal en el proceso por la masacre perpetrada en ese año por efectivos del Ejército contra los obreros portuarios de Valparaíso. Concluyó que los responsables de ella habían sido las víctimas.

El 17 de septiembre de 1904 encabezó las tropas que masacraron a los huelguistas de la oficina salitrera Chile. El saldo fue de 13 muertos y 32 heridos.

Comandó a los soldados del Ejército que el 24 de octubre de 1905 asesinaron a 70 manifestantes que, en Santiago, exigían el fin de un impuesto a la carne argentina. Además ese día quedaron 300 heridos y 530 detenidos.

Pero su acción más “brillante” tuvo lugar en Iquique el 21 de diciembre de 1907.

Todos estos méritos le valieron que fuera nombrado Director de la Fábrica de Cartuchos del Ejército, posteriormente llamada FAMAE.

El 14 de diciembre de 1914, el general Roberto Silva Renard caminaba tranquilamente por la calle Viel en dirección a su despacho en la mencionada fábrica. Eran alrededor de las 10,15 de la mañana, cuando sintió un golpe seco en su espalda. Al intentar girar para ver el origen de su dolor, recibió un segundo golpe de la daga, a la altura de la oreja izquierda.

El valiente soldado comenzó a lanzar desesperados gritos de auxilio. Acudieron vecinos. El autor, un obrero español llamado Antonio Ramón Ramón, huyó. En la calle Rondizzoni un guardián de la Penitenciaría lo detuvo, encañonándolo con su revólver. Lo entregó a soldados, que golpearon salvajemente al trabajador. Un capitán le dio sablazos en la cabeza, a pesar de que el detenido iba sujeto por los brazos y no ofrecía resistencia alguna.

Luego de un largo juicio, la justicia, esa misma justicia que ni siquiera procesó a los asesinos de la Escuela Santa María, condenó a Antonio Ramón Ramón a cinco años de prisión, acusado de agresiones graves a un general.

¿Quién era este obrero español? Había nacido en 1879 en el pueblo de Molvidar, Granada, España. A la edad de 23 años se dirigió al África en busca de trabajo. Por causalidad, conoció en Orán a su medio hermano Manuel Vaca. Ambos se embarcaron rumbo a Sudamérica. Antonio se quedó en Brasil, pero Manuel continuó hacia Buenos Aires y poco después se dirigió a Chile, estableciéndose en Tarapacá. Meses después Manuel se trasladó a Buenos Aires. Los hermanos mantenían una constante correspondencia. Pero hacia fines de diciembre de 1907 las cartas de Manuel cesaron bruscamente. Antonio conoció por la prensa de la matanza de la Escuela Santa María. Preocupado por la suerte de su hermano, en junio de 1908, cruzó la cordillera y se dirigió a Iquique. Después de muchas indagaciones, se enteró que Manuel Vaca era uno de los asesinados en la matanza. Abrumado por la pena, se internó en la pampa. Recorrió muchos lugares del norte salitrero, de Chile central y de la pampa argentina. Trabajó en diferentes oficios intentando mitigar su profundo dolor. No lo logró. En su pecho la pena se fue transformando en ira, en odio. La impotencia ante la impunidad que gozaban los responsables de la muerte de su hermano, se convirtió en deseos de venganza. Se trasladó a Santiago. Observó la costumbre del principal autor material del crimen, el general Roberto Silva Renard. Armado de una daga lo atacó el 14 de diciembre de 1914.

Al comprobar que la justicia chilena nada había hecho en siete años de ocurrido ese crimen, se decidió a hacer justicia por su propia mano.

Gracias a su valiente acción, el general Roberto Silva Renard fue el único de los culpables de la masacre de la Escuela Santa María, que recibió un castigo, un leve castigo, pero castigo al fin y al cabo.

Para vergüenza de Chile democrático, nunca hubo reparación alguna para las víctimas. Peor aún: existen en el país varias avenidas que llevan el nombre del Presidente Pedro Montt. Y el Regimiento N° 3 de Artillería de Concepción se denomina Silva Renard.